

Yo estoy perfectamente satisfecho del matrimonio de usted. Todo me dice que ha de ser dichosa, tanto como podemos serlo en este valle de lágrimas.

Tenga usted presente, y ésta es mi primera advertencia, que la felicidad no depende ni de las prendas personales más ensalzadas y apetecidas, ni de las circunstancias sociales que más se codician y envidian, ni de aquellas virtudes que más llaman la atención pública, y que más aplausos excitan en el mundo. No: la felicidad depende, en primer lugar, de la práctica sincera y constante de estas virtudes modestas, pudiera decirse oscuras, que Cristo enseñó con su palabra y con su ejemplo: la humildad, la paciencia, la resignación, la abnegación; y en segundo lugar, de la bienandanza de nuestras relaciones domésticas, que dependen de esas mismas virtudes, y de la prudencia y de la discreción, que también son virtudes cristianas. Así la práctica sincera del cristianismo, no solamente conduce a la bienaventuranza eterna, sino que es el único camino que lleva a la felicidad temporal.

La belleza, el talento, el saber, las habilidades máspreciadas, la riqueza, el poder, los honores, las distinciones que codicia la vanidad, pueden reunirse en una persona, y se reúnen a veces, sin que por eso la felicidad llene el corazón de esa persona tan favorecida y tan envidiada, si la soberbia, la envidia, la ambición, la codicia, la vanidad, ocupan el pecho de ese individuo que el mundo juzga dichoso; la riqueza, el poder, los honores, las distinciones que disfruta le parecen pocos; y la privación de las que no alcanza,

lo desazona y atormenta más que lo que la general privación puede mortificar al modesto y al humilde, que nada de eso posee, pero que, no ambicionándolo, vive contento con su obscura suerte.

Así es que si se coloca al favorecido con todas aquellas dotes personales y con todas aquellas ventajas sociales, en una situación doméstica en que la desconfianza, la contradicción, la envidia, la discordia, el desprecio, el odio, le lancen al corazón cada instante un dardo envenenado, la vida de esa persona será un martirio doloroso, continuo e insoportable, a despecho de esas dotes y ventajas.

Es, pues, necesario, para obtener la dicha, buscarla, —no en donde las preocupaciones vulgares la suponen— sino en donde realmente se halla; es decir, en el pacífico goce de las relaciones íntimas de la familia, fundadas y alimentadas por las humildes virtudes del Cristianismo.

Veamos ahora cómo es que usted ha de obrar, para hallar de continuo en el seno de su familia, la paz y la dulzura.

De hoy en adelante, la primera persona para usted, la más interesante, el objeto primero de todas sus atenciones, de todos sus cuidados, de todas sus inquietudes, es su marido. Padres, hermanos, parientes, amigos, todos descienden al 2.º y 3.º lugar, así en el foro interno del corazón*, como en las manifestaciones exteriores de respeto y de cariño. Esta es la ley de

* Esto de que los padres deban descender al 2.º lugar en el foro interno del corazón me parece excesivo. Más aún: me parece imposible. E. J. R.